Revista de Estudios Taurinos
N.º 29, Sevilla, 2011, págs. 245-249

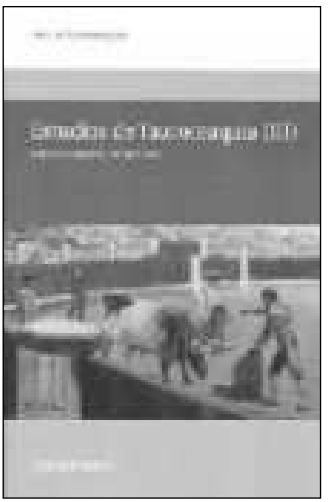

Fig. n.º 8.- Cabrera Bonet, Rafael (ed.): *Estudios de Tauromaquia (III)*, Madrid, CEU Ediciones, 2010, 350 páginas.

Una nueva entrega de estos ya consolidados *Estudios de Tauromaquia* nos ofrece las mismas virtudes de las anteriores: un excelente conjunto de catorce estudios sobre diversas cuestiones relacionadas con la materia taurina. La apertura, a cargo del editor del volumen, Rafael Cabrera Bonet, no puede ser más prometedora: un documentado y lúcido trabajo sobre la evolución del cartel de toros en la época del romanticismo, en el cual se ponen de relieve las sucesivas transformaciones que avanzan en el sentido de la glorificación del torero como

héroe a partir a veces de pequeñas novedades: la verticalización del cartel, la aparición de orlas con motivos taurinos, los cambios en el encabezamiento, el empleo de la litografía, el paso de los matadores al primer plano precediendo a los picadores y, finalmente, la consagración del maestro con la inclusión de su retrato en el cartel.

Un repaso a los festejos populares con presencia de toros, a cargo de Alberto de Jesús Rodríguez, precede a la presentación, por parte de Francisco Orgambides, del primer reglamento taurino conocido, el debido a Melchor Ordóñez con destino a aplicarse en las corridas celebradas en Cádiz en 1848 y hallado por el autor entre las páginas del diario *El Comercio* de la capital gaditana correspondiente al 9 de junio de aquel año.

Documentada y emotiva resulta la semblanza de Félix Rodríguez, a cargo de Domingo Delgado de la Cámara, que nos ofrece el retrato del gran torero perseguido por la sífilis y por la descalificación social que tal enfermedad conllevaba en los años veinte del siglo pasado. Aceptando como bueno el elogio de Néstor Luján (que lo consideraba el mejor sucesor de Joselito), el autor aporta, además de la documentación escrita, el testimonio gráfico de Carlos Ruano Llopis y la aparición cinematográfica en la película *¡Viva Madrid, que es mi pueblo!*, con Marcial Lalanda de protagonista pero también con una intervención muy torera del diestro santanderino, el "Ángel Caído por excelencia", arrebatado tempranamente de los ruedos y de la vida, pero que siempre estará en el «Olimpo del toreo, junto a los más grandes».

Jesús María García Añoveros nos vuelve a dar otra espléndida lección de historia, aplicando su rigor metodológico a las primeras noticias sobre el «modo hispánico de correr toros». Al final, los hechos demostrados se separan de las fabulaciones aunque sean bienintencionadas: el siglo IX quizás vio ya correr toros en el solar español, una acción que pudo haberse vuelto una costumbre más difundida en las dos centurias siguientes,

con documentos más fehacientes para el siglo XIII y algunas formas de lidia ya más detalladas para el siglo XIV: monteros que mataban a los toros con lanzas o venablos, toreros que mataban a los toros en huida, caballeros que jugaban con los toros a caballo y lidiadores que se enfrentaban a los toros con capa y lanza o espada. En suma, una precisa arqueología de este alba de la fiesta.

Tras una digresión sobre el tema de "¿Quién es figura del toreo?" firmada por Angel Arranz, José María Moreno Bermejo documenta convincentemente los avatares de la familia de los Merchante (o Marchante), una dinastía de varilargueros originaria de Medina Sidonia y cuyos componentes estuvieron activos en los ruedos españoles a todo lo largo del siglo XVIII, en una aportación precisa y de gran interés para la historia de la tauromaquia moderna.

Manuel Pons Gil nos ofrece una amplia reseña de los escritores taurinos valencianos, especialmente de aquellos que vertieron su obra en las páginas de los periódicos. Aunque no se olvide de los autores más conocidos como Vicente Blasco Ibáñez (antitaurino pero creador de una novela esencial de la literatura taurina, su famosa *Sangre y Arena*), el gran poeta Miguel Hernández, Manuel Vicent (autor de una divulgada *Antitauromaquia* ilustrada por el excepcional humorista gráfico Andrés Rábago en su versión Ops) y Fernando Claramunt (autor de una profusa y prestigiosa obra de temática taurina), quizás el mayor interés del trabajo resida en la información recopilada sobre otros autores de obra menos difundida pero sin duda digna de ser mejor conocida por los aficionados a la fiesta.

Yolanda Fernández Fernández-Cuesta, a vueltas con las tauromaquias escritas, se plantea una serie de cuestiones hoy palpitantes en el mundo de la fiesta, a veces con una contundente nitidez, como en este luminoso párrafo: «Será a partir de entonces (en el marco de la guerra de la Independencia) cuando los valores de heroísmo y arrojo propio de los toreros, se pon-

drán al servicio de la causa nacional, como refleja el propagandístico escrito de Antonio de Capmany, defensor acérrimo de la fiesta –y por cierto, catalán–, "Centinela contra los franceses", en el que exaltaba el espíritu del pueblo y todo lo que emanaba de él, frente a las élites cultas vendidas al poder francés; esa es, según mi opinión, una de las raíces históricas de esa negativa identificación de la fiesta de los toros con un nacionalismo patriótico que, a la larga, le ha perjudicado enormemente y que será resucitada ideológicamente durante el franquismo como manifestación españolista definiendo la fiesta brava con la expresión "fiesta nacional" de clara intencionalidad política, y que en estos tiempos aflora de nuevo con virulencia por parte de ciertos nacionalismos periféricos».

El artículo comentado enlaza con una de las mejores piezas de la recopilación, el trabajo de Beatriz Badorrey precisamente sobre "Antonio de Capmany y de Montpalau, un catalán defensor de las corridas de toros en las Cortes de Cádiz". La historiadora del Derecho se detiene acertadamente en los precedentes (las tres cartas publicadas por el ilustrado catalán en el *Diario de Madrid* en 1801, las dos cartas dirigidas a Manuel de Godoy en noviembre de 1806, su *Centinela contra franceses*, su *Apología de las fiestas públicas de toros*), para concluir con su defensa de las corridas frente al diputado murciano Simón López ante las Cortes de Cádiz el 12 de septiembre de 1813. El texto puede afirmarse que constituye una de las más amplias y brillantes aportaciones al análisis del debate entre taurinismo y antitaurinismo a finales del Antiguo Régimen.

Víctor Pérez López nos ofrece una completa nota biográfica de Fernando Parladé y una pormenorizada reseña de la trayectoria de su ganadería de reses bravas entre 1904 y 1914, año de la venta de su vacada a otros ganaderos, lo que permite señalar una línea de transmisión y evolución a partir de aquel núcleo original. Por su parte, Eduardo de Miguel Beascoechea insiste en

el tema ganadero, para llegar a la conclusión de que los beneficios ambientales de las dehesas de reses bravas superan a los beneficios comerciales que pueden dar las dehesas destinadas a ganado manso.

María Dolores Agustí Guerrero nos ofrece un interesante estudio del dibujo taurino de la revista *La Lidia*, durante sus años de vigencia (1882-1900), facilitando una fehaciente información sobre las aportaciones respectivas de sus tres artistas principales, José Chaves, Angel Lizcano y Daniel Perea, que fue el único en ostentar el título de director artístico de la celebrada publicación, cuya relevancia aparece perfectamente subrayada en el texto. Por último, José Campos, el máximo especialista en el toreo caballeresco, prosigue su labor de ampliar nuestro conocimiento de esta época de la tauromaquia, con detalladas aportaciones sobre las diversas clases de suertes practicadas en el siglo XVII, como el toreo y el rejoneo a la lanzada, al estribo y a ancas vueltas, y así, con su magisterio, cierra un volumen imprescindible para todos aquellos interesados en la historia, la economía o la cultura del mundo de los toros.

Carlos Martínez Shaw
Fundación de Estudios Taurinos